

El individuo y la clase. Conversación con Paul Preston

Javier Rodrigo

Un historiador poliédrico. La figura más influyente de la historiografía hispanista sobre el siglo XX. El más serio, crítico y ácido biógrafo del general Franco. Toda una referencia en el estudio de la Segunda República, la Guerra Civil, la dictadura franquista y la transición a la democracia.

Resulta difícil definir en una sola frase a Paul Preston. Alumno, colega y maestro de algunos de los más importantes historiadores y analistas sobre la España del novecientos, su voz es una de las más respetadas en los foros de discusión pública sobre el pasado reciente, sobre la historia del tiempo presente. Reclamado constantemente por investigadores, periodistas, políticos, asociaciones, universidades, él mismo reconoce que mucha gente dice conocerle, incluso íntimamente. Sin embargo, entre tantas entrevistas, análisis históricos, comparecencias en medios de comunicación y conferencias, su trayectoria como investigador e historiador tiende a verse desdibujada. Ante la próxima aparición de uno de sus libros más esperados, *El holocausto español*, esta conversación, desarrollada en su despacho del Cañada Blanch Centre for Contemporary Spanish Studies de la London School of Economics, puede servir para conocer mejor la figura y la persona de un historiador que necesita pocas presentaciones.

Javier Rodrigo: ¿Qué te parece si empezamos hablando de tu formación como historiador? ¿Cómo llegas a interesarte por la historia contemporánea española?

Paul Preston: Creo que te voy a contar cosas que ni podrías imaginar. Hice la carrera en Oxford, pero allí había muy pocas posibilidades de hacer Historia “muy” contemporánea, que es lo que a mí me interesaba. Cuando tuve que tomar la decisión de quedarme allí o no a hacer el doctorado, en 1968, vi que mis posibilidades en aquel momento eran más bien hacer algo sobre Francia, pues era el único idioma que entonces sabía, o hacer algo sobre política exterior británica. Pero ese año me ofre-

cieron una beca muy buena para ir a hacer un master en Reading, completamente dedicado a la Historia contemporánea: en Reading hacían casi un *head hunting*, pues en aquel momento estaban creando el Graduate School of Contemporary European Studies, para rivalizar con el St. Antony's College de Oxford. Allí tenía que cursar dos asignaturas, con un examen y una tesina en cada una. E hice una asignatura sobre la literatura de izquierdas durante los años treinta, con una tesina sobre la obra de Steinbeck, y otra sobre la Guerra Civil española, que impartía Hugh Thomas, con una tesina sobre la derecha durante la Segunda República, que fue mi primera publicación: un folleto de la Universidad de Reading. Así entré en contacto con Thomas, un hombre muy afable, con el que mantuve la relación una vez volví a Oxford, al finalizar el master. Hacia el final de aquel año, el 68-69, empecé a apasionarme con la lectura sobre la Guerra Civil, y a sentir también la falta del idioma. Así que me volqué en el estudio de la lengua: para aprender, cogí un libro que quería leer, *Los partidos monárquicos bajo la Segunda República*, de Santiago Galindo Herrero, y lo leí con diccionario. Me costó tres semanas, al final de las cuales tenía ya mucho vocabulario, aunque poca idea de pronunciación... pero ya compré discos, poco a poco iba avanzando por mi cuenta. En aquel verano, al terminar el master, fui a España y pasé allí el verano, fue el inicio de mi flechazo con el país.

JR: ¿Y tu tesis doctoral? ¿Cómo la desarrollaste, con quién trabajaste más estrechamente?

PP: A la vuelta de España, ya había decidido que iba a hacer mi tesis sobre Renovación Española. Teóricamente iba a tener de director de la tesis a Raymond Carr, que también tenía de alumno a Martin Blinkhorn. Pero ese año, Carr estaba de *visiting professor* en Boston. Cuando volvió, entre los dos decidieron, probablemente con razón, que no había suficiente material para una tesis sobre Renovación Española. Carr me dijo que tenía que dejar el tema, lo que para mí fue un golpe tremendo, pues ya llevaba un año y medio trabajando. Fue un golpe duro. Lo que ya había escrito, lo publiqué en el *Journal of Contemporary History* y en *Ruedo Ibérico*, mi primera publicación en castellano.

JR: Hablar de tu relación con *Ruedo Ibérico* es hablar también de Southworth...

PP: Sí. Yo ya había entrado en contacto con la gente de *Ruedo Ibérico* a través de Southworth, y había hecho una grandísima amistad con él. Aquello llegó a ser casi una relación paterno-filial (él no tenía hijos, yo

era huérfano...). Yo le considero uno de mis maestros, quizás el más importante.

JR: Decías que tuviste que cambiar tu tema de investigación...

PP: Para no perder el trabajo realizado, intenté hacer algo sobre los monárquicos durante la República, incluso empezando desde antes: la juventud maurista, su papel durante la dictadura, desembocando en Renovación Española. Estuve en Madrid, pero francamente no estaba muy a gusto. Encontraba la documentación sobre la dictadura, confusa y mal organizada en el Archivo Histórico Nacional, y lo que yo quería era trabajar sobre la República. Así que al final yo, que ya estaba muy establecido en España (teóricamente en Oxford te dejaban tres meses de estancia, pero yo ya llevaba un par de años, y no tenía ninguna gana de volver a Inglaterra), que dominaba el castellano, pues decidí hacer lo que realmente quería: estudiar ese gran conflicto entre el PSOE y la CEDA por conquistar legalmente el aparato del Estado. Uno, el PSOE, con unas masas agrícolas y mineras detrás, y el otro, con los latifundistas y propietarios. La tesis que yo perseguía era que la lucha de clases en el campo, en la industria y sobre todo, en la minería, se trasladaba al parlamento. Y en todo ello, fue de gran ayuda el que ha sido mi otro gran maestro, Joaquín Romero Maura, quien entonces era ayudante de Carr, y con el que incluso mantuve más relación. Él fue quien realmente dirigió mi tesis doctoral: un hombre extraordinario, posiblemente el más inteligente que he conocido en mi vida.

JR: ¿Cómo fue tu investigación en España, estando aún vivo Franco?

PP: Hay algo que te tengo que contar, que te hará gracia. Cuando me tocó ir a España para una estancia larga, un poco después del golpe de cambiar de tema, y mientras estaba preparándome para el viaje, Romero Maura me dio una serie de cartas de presentación. Y una de ellas era para Ricardo de La Cierva, con cuya familia los Maura tenían una vieja amistad, y que ya estaba a la cabeza del Centro de Estudios de la Guerra Civil del Ministerio de Información de Fraga. Iba al Centro todos los días, le veía a diario, charlábamos. Por aquel entonces, La Cierva estaba publicando cosas relativamente liberales sobre la Guerra Civil: al contrario de otros llamados “revisionistas”, él sí hacía investigación, y realmente encuentras cosas de valor en sus libros, aunque no se esté de acuerdo. Cuando salió mi primer libro, *La destrucción de la democracia en España*, hizo una reseña fantástica en *ABC*. En plan muy paternal, «yo recuerdo que una vez vino un inglesito a verme, en pantalón corto, yo le he enseñado

todo lo que sabe...». Pero él me presentó a mucha gente, por ejemplo a Ignacio Arenillas, el marqués de Gracia Real, un terrateniente de Salamanca que había sido el abogado defensor de Besteiro y que conocía a toda la derecha de entonces (gracias a él entrevisté a Gil Robles) y que había estado en la CEDA, en Renovación Española, en Comunción Tradicionalista, en la Falange. Un hombre muy interesante.

JR: Además, militaste políticamente contra el franquismo...

PP: Hombre, sí, pero no demasiado. En paralelo a lo que hacía sobre la República, me interesaba mucho por la situación política, los jóvenes que estaban en la Universidad y sufrían cargas policiales... en el prólogo a la segunda edición de *El triunfo de la democracia en España* cuento un poco de eso: alguna vez llegué a hacer de traductor entre políticos ingleses y gente que venía a Inglaterra desde España. Incluso ingresé en Carabanchel con Josefina, para llevar mensajes a Camacho, con documentación falsa. Pero siempre tenía cierta seguridad por ser ciudadano británico, aunque me jugase que me diesen una paliza.

JR: En ese prólogo hablas también de la posibilidad de realizar una trilogía sobre la destrucción, la lucha y el triunfo de la democracia.

PP: Quería hacer un segundo volumen sobre “la lucha por la democracia”, la lucha contra el franquismo. Estando allí, empecé a coleccionar el *Mundo Obrero*, *Nuestra Bandera*, toda la prensa clandestina. Tenía el garaje lleno de panfletos y periódicos clandestinos de esos grupúsculos que entonces nos parecían tan importantes, y que al final no lo fueron tanto. Era un poco mi *hobby*, sabía quién era quién en cada grupo, las diferencias entre sus pensamientos. Y escribía alguna cosa, por ejemplo ese capítulo en *España en crisis*, posiblemente lo primero que se hizo con una visión histórica sobre la lucha antifranquista. Luego publiqué bastantes artículos sobre el PC y seguí investigando, pensando en ese trabajo, pero la transición cambió todas las perspectivas. No había sido como habíamos pensado. Y empezó a interesarme mucho más ese proceso de negociación entre los franquistas más avisados y la izquierda más moderada, y por eso aparqué el trabajo para hacer ese otro libro, *El triunfo de la democracia en España*. Siempre pensaba en volver y terminar todo aquello sobre la oposición, para completar la trilogía, pero ya me metí a hacer el *Franco*, y claro...

JR: Podría decirse que Franco era una presencia constante que, al final, tenías la necesidad de abordar. De hecho, *Franco* pesa como un coliseo en tu bibliografía.

PP: Ten en cuenta que en todo lo que yo había hecho antes, Franco estaba siempre presente. Tardé más de siete años en hacerlo, en una época en la que yo trabajaba demasiado. Entre el 87 y el 90 fui decano de la facultad en el Queen Mary College, y nada más venir a la LSE fui jefe de departamento, con lo que tenía cargos académicos muy duros. Ahí empezaron mis problemas de salud, tenía niños pequeños, trabajaba catorce o dieciséis horas al día, dormía poco y vivía a base de cafés y aspirinas. Pero conseguí hacer el *Franco*.

JR: Un libro que, metodológicamente, me interesa particularmente. Esa es una de tus líneas rectoras, la utilización de la biografía.

PP: Descubrí casi por accidente que tenía cierta vocación de biógrafo. Cuando hice mi tesis, una cosa que me fascinaba era el papel de los individuos. Si alguien me hubiese preguntado cómo me definiría a mí mismo, diría que como historiador social. Lo que pasa es que a mí me fascinaba, y se ve si lees *La destrucción de la democracia*, el personaje. En ese libro me centro mucho en personajes, a mí me fascina la relación y la interacción entre los individuos y los grandes movimientos históricos. En ese libro, en la parte sobre el PSOE, me fascinaba la relación entre Prieto, Largo Caballero y Besteiro, y sus secuaces, y dentro de la CEDA, la relación entre Gil Robles y quienes le seguían, los Cándido Casanova, Jiménez Fernández, las luchas entre la gente moderada de la CEDA como Luis Lucia y los duros, como Casanova y otros muchos. Y también, cuando hice *El triunfo*, había mucho énfasis en el papel de individuos como Carrillo, Felipe, el Rey, Fraga, Suárez, etc. Siempre he estado más a gusto hablando de individuos, pero nunca habría pensado que eso significara que yo tenía vena de biógrafo. Cuando acepté el encargo de hacer el *Franco*, hacia el año 82, empecé a trabajar con cierta renuencia. En Inglaterra me presionaban: decían que, siendo hispanista, debía ocuparme de su figura. Que era impensable ser, por ejemplo, alemanista, y no ocuparse de Hitler. Pero yo tenía la impresión de que la figura de Franco era tan aburrida, tan odiosa, que no me interesaba. Sin embargo, una vez que empecé, me di cuenta de que me fascinaba. Franco era, personalmente hablando, un enigma, con aspectos bastante cómicos: un hombre que paga alquimistas para que hagan un petróleo instantáneo en polvo, que piensa que Pablo VI era bolchevique o que Juan XXIII era masón, o que el mundo estaba regido por un superestado masónico que no se sabía si

estaba en la luna o debajo del Atlántico y al cual obedecían los gobiernos de Washington y Londres... ¡pues ese hombre es que tiene gracia, tiene talento cómico!

JR: Sin embargo, esa parte cómica casi no aparece en el libro. Aparece, pues es un libro muy completo, pero muestras, sobre todo, a un Franco asesino y cínico.

PP: Claro, por supuesto. Franco es el Liverpool de los dictadores, le saca provecho a sus propios errores, pues para eso fue un gran manipulador de los medios de comunicación. Cometía errores garrafales y le salían bien, lo cual era prueba para sus seguidores de que era un genio. Pero realmente era pura suerte. Brunete, Teruel, el Ebro, son errores absurdos, pero lo que pretende es aniquilar al ejército republicano. Es suficientemente frío como para aceptar una masacre de sus propias tropas como un precio aceptable. Lleva a la economía española al desastre total: él, que se consideraba un economista genial, se da cuenta de que no tiene ni idea. Por eso se retira de la política en el 57, cuando cumple 65 años. Desde ese momento pasa a ser un jefe del Estado ceremonial, ya no es un jefe de gobierno de trámite diario, algo que deja para los otros. Preside los Consejos de Ministros y firma sentencias de muerte pero, ¿qué hizo durante dieciocho años de trabajo? ¿Qué porcentaje de su tiempo le tomó el firmar nueve sentencias de muerte? En realidad, se dedicaba a la pesca, la caza, a hacer quinielas y ver la tele, recibir credenciales de embajadores, pero realmente *the business of government* lo hacían otros. A finales de los 50 lo único que le preocupa es la sucesión, que lo que venga después no esté controlado por él.

JR: En perspectiva, ¿cuál consideras que es tu mejor libro?

PP: Bueno, yo creo que la gente piensa que mi mejor libro es el *Franco*, y desde luego es el que tiene más inversión en trabajo. Yo tengo mucho afecto por *La destrucción de la democracia*, aunque quizás el libro que más me gustó escribir fue *Palomas de guerra*. Fue una experiencia muy emocional, muy diferente pues, salvo la parte sobre Doña Carmen, era tratar de una materia muy personal cartas y diarios de esas mujeres, indagar en las vidas personales y en las tragedias cotidianas. Eso es precisamente lo que me gusta de la biografía, el acercamiento a los personajes. Por eso disfruté también escribiendo *Las tres Españas del 36*, donde había un gran abanico de figuras, incluidos Millán Astray y José Antonio. Pero claro, eso también vale para el libro sobre Juan Carlos: no puedes complacer a todo el mundo. Creo que la interpretación que hago sobre su figura, sobre el

personaje, es correcta. Cuando doy conferencias sobre el Rey, siempre hay quien quiere que digas que estaba implicado en el Golpe del 23F. Pero tras investigarlo, entrevistar a Armada, analizar las memorias y hacer mi composición de lugar, mi interpretación es que habría sido completamente absurdo que estuviese implicado. Además, es el que lo paró. Si él hubiera querido que el golpe triunfase, habría triunfado. En general, contrastando mi interpretación sobre su figura con lo que después el Rey me ha dicho, estoy bastante satisfecho. Si Franco hubiera leído mi biografía, no le habría gustado. Pero en este caso tengo la aprobación del biografiado, lo que puede que no sea la crítica más adecuada. Pero a mí me satisface. Yo le dije que en el libro había cosas increíblemente dolorosas, pero él piensa que es mejor que se conozcan esos episodios.

JR: Y más allá de la biografía, ¿qué otras influencias teóricas y metodológicas reconoces en tu obra?

PP: Yo siempre me he considerado más o menos marxista o, como mínimo, *marxisant*, como dicen los franceses. Ahora algunos me llaman “marxista”, pero eso para mí es como decir ser cirujano, o endocrinólogo. Algo muy serio, para lo que hay que tener muchos conocimientos. Yo sí creo que lo fundamental son elementos materialistas, y creo en la lucha de clases.

JR: ¿Aún hoy?

PP: [Ríe] Sí, aún hoy... pero depende de lo que quieras decir. Con lo que estoy haciendo ahora, un análisis de cómo el franquismo quiso exterminar la clase obrera organizada, tengo que concluir que si eso no es lucha de clases, no sé qué otra cosa pueda ser.

JR: Yo opino que la violencia franquista no es una violencia de clase. Es una violencia muy clasista, pero no de clase. Decir que es una violencia de clase implica olvidarse de la horizontalidad de la violencia.

PP: Claro, eso es evidente, hay muchos, muchísimos elementos. Yo ahora tengo un capítulo de mi próximo libro, de más de 100 páginas, diciendo exactamente eso. En tal caso estamos de acuerdo. Pero creo que hay un componente de clase, de odio de clase sobre todo en el mundo rural, de los propietarios a los pobres, y de los pobres a los ricos. Si tú dices que eso no es lucha de clases, pues hay que buscar otro término. Pero

desde luego, lo que está claro es lo que *no* es: no tiene nada que ver con la maldad de los “rojos”, como dicen los franquistas o los revisionistas.

JR: ¿Qué perspectiva y qué dificultades acarrea este nuevo libro?

PP: Lo que busco es, dentro de lo que cabe, una visión y una interpretación global de la represión franquista. Literariamente hablando, eso tiene una serie de problemas. Aun sin hacer investigación directa, de husmear en los registros civiles o en los archivos de prisiones, basándome en los muchísimos trabajos ya publicados, es casi imposible leer todo lo que ha salido. Hay cantidades ingentes de libros publicados por pueblos o ayuntamientos. Y luego está el problema de cómo estructurar la información. Tengo una sección sobre la represión en Castilla, donde apenas hubo resistencia al golpe de Estado y, si solamente quieres resumirlo, se podría hacer en veinte páginas: había mucha matanza, hecha por falangistas y guardias civiles. Pero si intentas hacerlo con detalles, hablando de números y poniendo caras, es muy complejo frente al lector, porque puede parecer muy reiterativo. Si cuentas la historia de Valladolid, debes contar qué pasa a su vez en Segovia o en Burgos y esto, en términos literarios, te expone a mucho “mientras tanto en...”. Si sigues, por ejemplo, la represión en el Sur, lo que hacían las diferentes columnas y los latifundistas, pues encuentras que sobre algunos puedes encontrar material, y sobre otros nada, simplemente. Pasa, por ejemplo, con el periplo de la columna de Yagüe desde Sevilla a Badajoz. Tengo que complementar el trabajo de Espinosa con otros libros e investigaciones locales y, además, no dejar la columna en Badajoz, sino acompañarla hasta Madrid. Y claro, puedo saber qué pasa en un pueblo, pero luego puede que no haya manera de saber lo que ocurre en el siguiente. Eso es el trabajo de historiadores locales.

Luego hay otro problema, al intentar compaginar toda esta materia. Por ejemplo, puedes utilizar un estudio muy fidedigno sobre una provincia que aporte una cifra global, a base de un recuento pueblo por pueblo. Pero después puedes encontrar un trabajo de otro historiador centrado en uno de esos pueblos que aporte todavía más datos que contradicen el anterior. ¿Qué haces siendo el historiador de la gran síntesis? Aunque pudiese desplazarme a cada pueblo para saber lo que pasó, necesitaría mil años para completar el trabajo. Aun así, va a ser un libro fácilmente de unas 600 páginas. Un trabajo muy completo.

JR: Que no consiste sólo en describir, sino en completar, buscar una perspectiva amplia, e interpretar, por tanto. ¿Por qué haces este libro?

PP: Claro... Aunque muchas materias son repugnantes, desgarradoras. Te encuentras con cosas espantosas, que te generan un problema moral. Para responder a tu pregunta, yo siempre he tenido un gran compromiso con la democracia en España, creo que es una línea básica de mi trabajo. Siempre he querido contar, por ejemplo con *Franco*, quién era el dictador. Ahora quiero contar cuáles son sus responsabilidades. Creo que es un libro comprometido, que intenta hacer vivir de cerca lo que ocurre. Intento que mis libros sean amenos, que puedan leerse fácilmente. Intento poner figuras reconocibles que, si es posible, puedan aparecer diferentes veces a lo largo del libro. Tanto verdugos como víctimas. Por ejemplo, una figura que aparece mucho en el libro es el Capitán Aguilera, o el padre Tusquets, un cura integrista enloquecido con la conspiración judeo-masónica-bolchevique, que empieza el fichero de masones que, luego, va a ser la base del Archivo de Salamanca.

JR: Finalmente, ¿hasta cuándo tienes la agenda ocupada?

PP: Más o menos, hasta que muera.